

PUBLICACIONES *Cinema*

50
CENTIMOS



Keen
Maynard
en

Un mal paso

6 UN JUSTICE 1933

UN MAL PASO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

Ray Taylor



PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPAL INTERPRETE:

KEEN MAYNARD

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLAS - BARCELONA

UN MAL PASO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El huracán sopla con inusitada violencia; la lluvia cae formando torrentes, que arrasan los campos y el relampaguear de los rayos de la imponente tormenta que sobre la comarca se cierne, presta mayor espanto a esta noche. Los árboles se cimen en una misma dirección, y los pobres animales que a descubierto los cogió, huyen atemorizados tratando de resguardar a sus crías de las inclemencias y el peligro.

Ranvella en esta vorágine, la casita de madera, imponente en su grandiosidad y sencilla en su construcción, del rancho de Jim Lance, es batida por los vientos y por las lluvias y se divisan fogonazos en su cercanía y en su interior — todo a oscuras — parece como pequeños rayos, y el trepidar de los cielos, que acompaña a las descargas eléctricas, no dejan oír la terrible tragedia que en la desolación del campo y de la tormenta ocurre en el rancho.

Cercando la casa, con ímpetu de chacal, una sombra envuelta en gran capotón de aguas y cubierta su cabeza por una capucha que no deja ver sus rasgos, una figura se esconde, corre y se agita y su brazo lanza

continuamente disparan contra las ventanas y puertas del rancho. Los estampidos del revólver no se dejan oír por los ruidos de la tormenta y los tronidos del viento se mezclan con los resplandores de los relámpagos.

Desde el interior se contesta igualmente a esta misteriosa sombra, que, incansable, persiste en el singular duelo. Una hermosa belleza acompaña a esta escena, en la que la tragedia pone sus tintas más sombrías y sangrientas. La lucha, por su intensidad y dureza y más que nada por su constancia, hace suponer que sólo uno de los dos desconocidos bandos saldrá con vida.

La sombra ágilmente esquiva los balazos que le llegan desde el interior, y con desmayo en su coacción y ofensa en el tiro, demuestra la hantidad en el crimen y el asalto de quien lo ejecuta. El alma de esta sombra debe ser tan negra como el capote reluciente por la lluvia que lo cubre. Es un acoso completo, es el deseo de exterminio total de persecución menarrable. El odio y la codicia parecen animar a este extraño personaje, que juega con la vida y se recrea destruyéndola.

Parapetado tras enorme mesa de aheto noble, Jim Lance defiende con coraje el solar que el creó con su esfuerzo y honradex. En medio de la sala de su casa, solo en ella, sin luz, nada más que en los momentos que los relámpagos iluminan el firmamento, filtrando su luz al través de las rotas ventanas de la casona, se defiende de la feroz acometida un hombre de pelo canoso y en el rostro del cual hay huellas de trabajo y sufrimientos. Está herido, pero no por eso se amilana su bravura. Dispara sin cesar a través de las ventanas, por diferentes salidas, por donde percibe y su instinto de uauador le avisa que acosa el enemigo.

El interior de la habitación presenta huellas de la lucha que hace más de una hora dura con igual inten-

sidad. Aquí y acullá lámparas rotas, cristales deshechos, muebles astillados, y sobre las paredes, los impactos que algunos alcanzaron hermosos cuadros, y las cortinas caídas. Un ambiente de derrota se cierne sobre este campo de batalla, en el que Jim Lance, el dueño del rancho, intenta defenderse.

El adversario debe ser más joven y fuerte, el pobre viejo ve agotarse sus fuerzas. La herida, de la cual mana abundante sangre que mancha las alfombras, hace perder fuerzas por momentos. Su pulso ya no es firme y la rapidez de cargar sus revólveros disminuye.

Presintiendo el fin, Jim Lance, trahusamente, sobre la mesa que le oculta y aprovechando los resplandores, consigue escribir unas líneas sobre un papel, que esconde en una caja de hierro, mientras atiende a disparar. Terminada esta misión que él considera trascendental, pues en el pequeño papel, en unas líneas ha dictado su testamento ológrafo, renueva su defensa. Otro disparo certero lo derrumba y arruandose consigue llegar a la puerta. Este hombre, luchador toda su vida, quiere en postrer esfuerzo venderla cara, al considerar que ha llegado, con el fin de sus mancuas y su pérdida de sangre, al término de su temida vida. En que vivió creando, quiere morir matando al que ataca. Gravemente herido y en el final, consigue, con un viril gesto, levantarse y abrir la puerta del rancho.

El vendaval y la lluvia se precipitan sobre el umbral en donde en marco de ruda belleza la varonil figura de Lance, empapado en la lluvia y en su propia sangre, dispara con ansia los últimos tiros sobre esta sombra que le ataca. Varios balazos recibe en su cuerpo al irrecer tan magnífico blanco, y disparando su último tiro, cae atravesando la puerta, este hombre que tan colosalmente defendió su hacienda y su vida.

Con el silencio, la sombra se acercó al cuerpo inmóvil

del rancharo, comprobó su muerte, y abarcando con una mirada el interior de la casa, rió con risa feroz y regresó al campo, envuelta en su capucha. La noche tragó su figura. La tempestad iba cediendo y desde el umbral del rancho iba cayendo por los escombros de la pequeña terraza, hasta unirse a las aguas, un pequeño hilo de sangre.

...

Alrededor de la misma mesa de aníjo rojo, que sirviera unos días antes de parapeto al desgraciado Jim Lance, están sentados Ray March, Market y su mujer, Burket, y el notario del cercano pueblo. Se está dando lectura al testamento ológrafo de Jim Lance, que escribiera en momentos tan trágicos.

Al regresar de la feria del pueblo a donde fueron el trágico día en que Lance fue muerto, su sobrina Ray y su fiel capataz Market con su mujer y ama de llaves del rancho y todos los rancheros del mismo, encontraron con terror y profunda pena al cadáver de Lance que obstruía la puerta de su vivienda, como queriéndola guardar después de muerto.

Ray March que perdió a sus padres de muy pequeña, fue recogida por el hermano de su madre, el tío Jim, que la crió como hija queridísima. No se sabe que quisiera más en la atractiva y simpática figura de Ray, si su perfecta belleza aureolada con unas magníficas ojos y espléndida rubia cabellera, unida a una armoniosa línea de su figura, o la angelical expresión de su rostro. La encantadora Ray con su juventud es querida y respetada en toda la comarca. Y esta popularidad es irradiada por la figura de su tío, venerado en todo el condado.

El capataz Market es un viejo y fuerte rancharo que lleva al servicio de este rancho desde muy pequeño y, junto con su mujer, han sido y son, unos segundos padres de la huérfana.

En los rostros de estos tres personajes se marcan las huellas de un profundo dolor. No así en las de otro personaje, que rodea la mesa, Burket, con su lata figura vestida de negro, su gesto duro y hermético y el mirar azorado de sus ojos, no es figura que mueva a la simpatía. En la comarca se le respeta pero no se le quiere. Se rumorean turbos negocios que acrecientan sus caudales. La cadena de oro con que cubre su chaleco, cada vez es más gruesa. Las llamativas sortijas que se entrecruzan en sus dedos, adquieren por días mayor volumen y en mayor cantidad cubren sus dedos. Un fino y negro siseo rigote hace resaltar más la dureza de su mirada y la ironía de su rostro.

El notario, grave y circunspecto, está diciendo, leyendo el papel: «Yo, Jim Lance, en graves momentos que atravieso, en los que siento que mi vida se apaga, y al no haber testado por notario, deseo que mi voluntad se cumpla y que este escrito sea la manifestación de la misma como testamento. Desconozco quién me ataca. Muero defendiendo lo que creé con mi esfuerzo. Lego a mis sobrinos Ray March y Ken Lacc, por partes iguales, todas mis bienes, insinuados por el Rancho Lance y el Deslizador de la Muerte, con todos los derechos del paso de ganado por el mismo. Y os emplazo a que nunca os separéis de mi fiel Market y que nunca vendáis esta propiedad que os lego con la ilusión de que la acrecentéis. Jim Lance».

Unos sollozos anegaron el final de la lectura, y un rudo restregar sobre sus mejillas de Market, acompañaron, ante un imperceptible gesto de despecho y con-

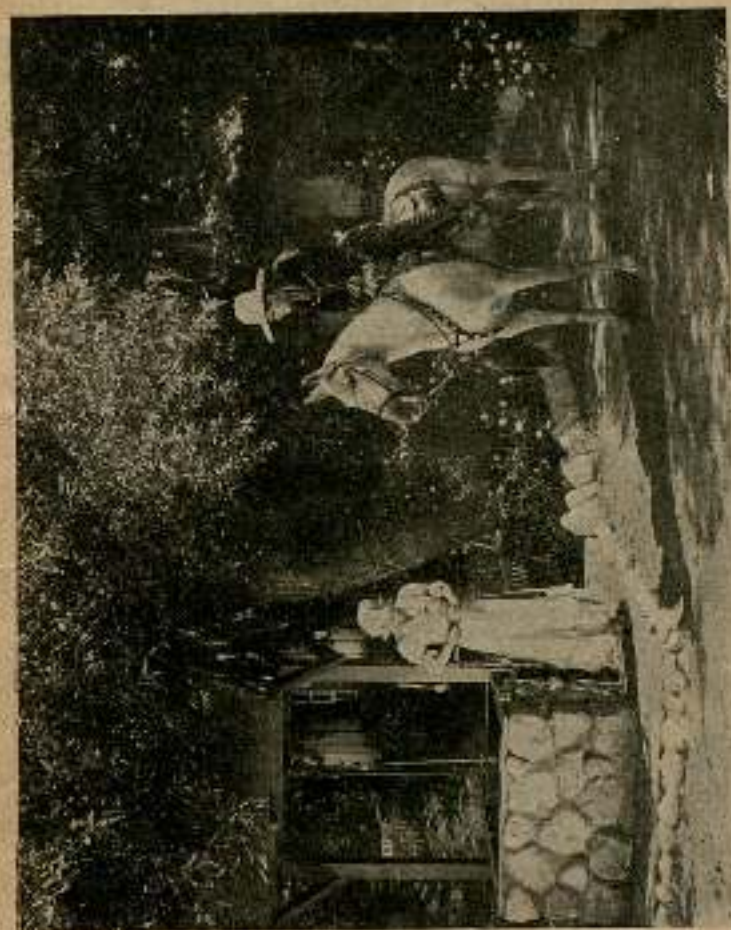
triedad de Burkel, a la pena que embargaba a los presentes.

—Señora: Ha quedado cumplida la lectura del testamento ológrafo de Jim Lance, y ahora sólo me queda emplazar a Ray March y a Kara Lane en mi domicilio a firmar y hacerles entrega de los documentos que les transfieren en este testamento; Ray March está aquí presente, pero de Kara Lane nada sabemos, ni si vive, ni en dónde está. Procuraremos dar con él, y mientras tanto, en usufructo, entregaremos la totalidad de los bienes a usted, señora. — dijo el notario, dirigiéndose a Ray, que anegado en llanto apenas podía reaccionar.

Al levantar su hermosa cabeza para mirar al notario, sus ojos tropiezan con la alta figura de Burkel, y entre los nervios, en su ser tuvo una reacción de puro oculto que renuevan las circunstancias y encarándose con Burkel le dijo con energía:

—¡Y usted, qué hace ya aquí! ¡Váyase! Ya cumplió como testigo. ¡Váyase! Usted desecha el rancho. Veo en su cara su desprecio al conocer la existencia de mi primo. Usted creía que a la muerte de mi tío podría enredarme fácilmente y colgarle a venderle el rancho y sobre todo el Demolador de la Muerte. ¡Marchese! Su figura me es odiosa. Usted, que tanto acusó a mi tío para venderle sus propiedades y tanto enredó en la política para arrebatárselas. Ha sido la sombra fatal que ha perseguido y amargado la vida de mi tío. Lo he consentido aquí porque la ley lo trajo como testigo. ¡Ya sabe usted todo lo que quería! Y ahora, ni un momento más en mi casa. ¡Afuera, afuera!

Y en terrible crisis de nervios y llanto, abrazada a su ama, lloraba la infeliz, mientras que ante el duro gesto de March y el asombro del notario, Burkel salía de la estancia, con gesto insolente.



Ante la apuesta figura de Kara, Ray siente una honda emoción...



Kane Lance, con el dominio de su persona...

Al salir del rancho, Burket, al ir a recoger su caballo, encuentra en su cercanía a Hogan.

Este individuo, mal considerado en la comarca por su conocido matanzón y por los sucios negocios de ganado que siempre llevó a cabo, llegó a esta región hace años sin más equipaje que sus enormes revólveres y un estilete sujeto a la montura de su caballo, y en ese espacio de tiempo, Hogan es uno de los más ricos ganaderos. Pero su ganado nunca se ve crecer, automáticamente siempre es gordo y crecido, y cuando pasa sus patas y sus puntas por el Destiladero de la Muerte, custodiados por sus caballistas, muchos granjeros lejanos podrían reconocer en la pinta de algunos de sus animales, la procedencia de los mineros. Alto fuerte y bien plantado, Hogan es el príncipe del gangsterismo rural.

—Hogan, ¿a ves de dónde vengo?

—¿Qué averiguas?

—El viejo dejó todo a Ray... — Una sonrisa iluminó la cara de Hogan.

—No te das ni te sientas feliz. Además de Ray, existe otro heredero. Kane Lance, sobrino desconocido del viejo Jim, comparte por mitad la propiedad de los bienes.

—Pero este Kane Lance no sabemos quién es, ¿saben dónde vive? — preguntó con ansiedad Hogan.

—Esta es la cuestión, nadie sabe la existencia de este mozo o viejo. El viejo Jim quizás tampoco lo sabía, y si así fué se llevó el secreto a la tumba.

—Yo creo que no existe, que debe haber muerto, y si pasa el plazo de presentación, prescribirá la herencia y Ray entrará en posesión de la totalidad.

—Bien, pero creo que Kane aparecerá y defenderá las propiedades.

—Esto ya será cuestión de discutirlo. Muchos años hemos luchado juntos por la posesión de las propiedades del viejo, y tú ya sabes qué vital es para nosotros la posesión del Desfiladero de la Muerte. Todo nuestro ganado dejará de percibir el tributo por aprovechar el paso, que nos evita el larguísimo rodeo que nos expone a morir de sed el ganado y además — dijo guiñando un ojo pícarosamente — cobraríamos el de los otros vaqueros y rancheiros.

—Yo creo que Kane aparecerá y le quedará en este negocio. Al decir esto, Burket apoyaba toda su perfidia en excitar a Hogan.

—Si aparece, seguiré mi camino. El ganado pasará sin pagar, y él se opone... peor para él — y al decir esto sombríamente apoyaba su mano en el reluciente revólver que de su ancho cinto colgaba.

Burket, sonriendo, como el que ha conseguido un objetivo interesante, montó en su caballo y se alejó, dejando bien cargada aquella arma que eliminaría al sobrino de Jim Lance si éste apareciera y magistralmente un audaz plan. Llegó a su pequeño rancho.

Un montón de hombres, jugando a las cartas, botellas de licor por los suelos, y los caballos amarrados a fuertes estacas alrededor de un pozo y a lo lejos una pequeña casa de gruesas troncos, sirva de cobijo campastro a Burket y su banda de vaqueros. Y decimos banda, pues así son efectivamente estos servidores de Burket. Vaqueros ambiciosos, ruidos por todos los vicios, que no se contentan con su soldada honrada en cualquier tranquilo rancho. Ellos prefieren la lucha, el robo, otra forma de ganar dinero con facilidad. Es mejor para ellos, robar el ganado ya hecho, que tener que asistir

a su nacimiento, criarlos, y proceder a su venta con legalidad y trabajo.

Al divisar al amo y jefe, levantaron sus cabezas y no por eso abandonaron el juego, que les absorbía. Destacase del grupo el capataz de Burket. Corpulento, bajo y en su ancha cara en que relucían a nuestros ojos dos pequeños, vivarachos y bizcos ojos, que cubrían el ala de su sombrero campero, siempre mal afilado y dejándole salir de su boca un aliento impregnado de vapores alcohólicos. Ernst era un tipo repulsivo en todos sentidos. Brazo derecho de Burket, su mano ejecutaba las órdenes del amo a quien seguía como un perro fiel. Su falta de inteligencia y su afán de maldad encontró en Burket el complemento que necesitaba su rudimentaria mentalidad. Las órdenes del jefe eran hechas sin mementaros y su brutalidad mantenía a raya al conjunto de criminales que capitaneaba.

A una señal, Ernst se acercó presuroso, con su sonrisa y miró de perto.

—Ernst, ¿dónde está tu hermano?

—No lejos. En el «Saloon» de Willie Roske. Lo tienes actuando de malón. Ya sabes es su especialidad.

—Vas a preparar un caballo de los buenos y te vas a por él. Pero antes necesito saber si tu hermano ha aparecido alguna vez por estas tierras.

—Jefe, ya sabes que mi hermanito no hay quien lo saque de aquellas tierras, en donde tan bien vive, y nunca se acercó por estas, en donde ahora vivimos; puedes estar tranquilo, que nadie lo conoce.

—Entonces, escucha. El viejo Jim, aquel que tú sabes... — y al decir esto una mirada de inteligencia se cruzó entre aquellos dos malvados — dejó sus bienes a la bella Ray y a un sobrino que desconocemos y nadie

sabe dónde pueda estar, y si está vivo o muerto. Si este individuo apareciera, podría estropear nuestro negocio y hay que ganar tiempo. He reflexionado y tengo un plan audaz. Tu ya me conoces, Ernst.

—Esto va bueno — dijo el capitán, tratándose las manos, al ver que de nuevo iba a actuar en sus instintos favorables al mal.

—Tu hermano, que tiene buena figura y es más guapo que tú — y al decir esto dio con un brazo al espátul, que rió con su risa hostil, dejando escuchar sus horribles y negros dientes — va a hacer de Kane Lance, que así se llama el desconocido heredero. Se va a equipar alon y a presentarse en el poblado como una persona honrada, compuesta, educada, que se fabrique algunos papeles que lo acrediten, y explícale algo de la familia Kane, y que se venga al pueblo dentro de tres días a entrevistarse conmigo y yo todo lo tendré preparado. De esta forma el falso Kane Lance tomara posesión de la herencia, obligará por las buenas... o por las malas a la inocente Ray a venderme su parte, y por poco nos haremos dueños de ella.

—¡Usted es grande, mi amor! — Toda la servil manera de ser de Ernst estaba expresada en esta exclamación.

—Y si el legítimo Kane aparece en la casaca antes... o después... entonces, ya sabes, Ernst, eres mi hombre de confianza. El oro vendrá a nuestras manos con fecundidad y abundancia... ¡Mujeres! ¡Alcohol! Tuyo será el mundo viejo —. Allí le dijo para excitar los instintos del inhumano de Ernst, que rogía de satisfacción, intrigas, crímenes en proyecto, dinero abundante, mujeres y bebidas a su alcance. ¡Ah! qué grande es ese hombre de Burket, qué bien se vive a su lado y con qué entusiasmo se le sirve. Así pensaba la confusamente del desgraciado.

No lejos de este paraje, Hogan se reúne con su numerosa distinguida muchachada. Menos ruda y quizás más comprensible a escuchar, esta gente ha oclado entre el bien y el mal, y quizás a su tiempo podrían haber elegido el camino del bien. Ahora ya es tarde, y obran aunque no tan criminalmente como los de Burket, al margen de la ley que evaden hábilmente, robando ganado y marcando a fuego con sus llantos.

—Muchachos, tres de vosotros vata a ir al pueblo y vata a vigilar todas sus entradas, y todo forastero que en él entre, es enterado bien su nombre y venis rápidos a decirme lo. Sobre todo no olvidas este nombre: Kane Lance. Necesito saber al momento si este sujeto ha entrado en el pueblo, cómo es y dónde se aloja, que queden dos a vigilarlo. Que escuchan sus conversaciones e indagaciones y el otro que venga al galope a comunicarme.

Rápidos, tres de aquellos hombres marcharon al galope de sus caballos hacia la villa o poblado de Vally, que muy a lo lejos se apercibe, envuelta en un vaho o neblina que el calor y el polvo abundantísimo de estas regiones levanta siempre y mantiene en el aire en térricas capas que hacen más calurosa la comarca.

La sequedad invade estos campos, en los que el ganado padece de sed. Es necesario en esta época del año trasladar las enormes cantidades de animales a otras tierras más juercas en las que los pastos son abundantes y el agua corre por su fértil suelo. Para ello sólo hay un paso que permita salir del enorme valle sin dar un larguísimo rodeo, y este es el llamado Desfiladero de la Muerte. Lugar, antaño, de terribles sorpresas de los ladrones de ganados a los pacíficos vaqueros; de asesinatos. Lugar de tristes recuerdos a los viejos. La ley poco a poco fué regulando la vida en estos contornos y lo que antaño podía hacerse cara a cara y por la fuerza,

ahora debía ser en la sombra, por medio de oscuros criminales o tortuosas intrigas. Por un antiguo derecho de los ascendientes de Jim Lane, este paso, al establecerse la ley en el territorio, fué adjudicado a éste, con la obligación de permitir el paso del ganado, pero con el derecho de cobrar un tanto fijado por las autoridades por cada cabeza. Esto fué el origen de la fortuna del viejo. Los políticos y maululleros trataron de eliminar este tributo, y actuaron contra Jim de todas formas y maneras, pero el viejo defendió con habilidad y coraje lo que fué de sus mayores. Y ahora quedaba todo esto en poder de la loca Ray, que quería defender también con idéntico ahínco lo heredado de su tío.

¿Podría ella sola ayudada únicamente por el leal Mark, hacer frente a la lucha que presentaba? Difícil iba a ser poder desprenderse de los tratos y de la malicia que tratarían de envolverla, como a su tío. ¿Dónde estaría su primo Kane? ¿Sería apuesto y valiente? Esto pensaba su pobre cabeza y su ser deseaba y soñaba con la aparición de un galán fuerte y bravo que la defendiera y ella confiaría en él, que impidiera no se cumplieran los deseos de su querido y llorado tío.

—Mizita, ¿será guapo mi primo?

—¡Ay! querida niña. No pienses en eso; desahoga sólo se presente y aunque tenga gruesos bigotes y ojos chicos y su estatura no levante mucho, te defenderá y sirva de guía en tu vida.

—¿Cualquiera sabe cómo será! Y sus bellísimos ojos se cerraban para dejar a la quimera volar.

La calle central de Vally City es el punto vital de la villa. La casa de Correos, Telégrafo, tienda y préstamo, con la casa de la misma vigilante mano. El sheriff más arriba. Enfrente el «Saloon», lugar de recreo, donde se juega y bebe, y enfrente de él la fonda, de amplias y cómodas habitaciones. Todas las casas con sus barrotes

de maderas para sujetar los caballos, rememorando los canales de Vanceta con sus negros palcos de madera para sujetar las góndolas delante de cada casa. Pero en lugar de románticos gondoleros son rudos los hombres que ocupan las monturas de estos caballos. Las aves cruzan con parsimonia la calle y el trotar de algún caballo, o de algún coche ranchero, las hace volar y correr. Se oyen los acordes del piano del «Saloon».

Bajo el cobertizo de gruesa madera, ante la puerta de la Botina, un alto mozo, de negro pelo y afinado bigote, cuidadosamente recortado y vestido elegantemente pero al estilo vaquero, portando un reluciente revólver de gran calibre, y cubierto su torso por una camisa negra, en la que se ven bordadas cuidadosamente las iniciales K. L., en gran tamaño, que aún a relativa distancia se apreciaban, un hombre joven interroga a un viejo del pueblo, que tranquilamente está fumando su pipa.

—Oiga, buen hombre, ¿por dónde podría ir al rancho de Jim Lane?

—El rancho de Jim ya no es de él. Jim Lane fué muerto por un desconocido no hace mucho tiempo. Pero si le lleva algún negocio, puede continuar con la bella Ray, su sobrina. Mire aquel camino, siga adelante y al llegar al pazo que está a unos dos kilómetros, tome por el sendero y a lo lejos divisará el rancho.

—Gracias, y sepa que yo soy Kane Lane, heredero del viejo Jim, mi tío. —Ves—. Y al decir esto le enseñó displicentemente las grandes letras bordadas, que las presentaba como su documentación.

Y estas últimas palabras, afirmativas de su personalidad, han sido escuchadas por un arrogante vaquero, que en ese momento llegaba a la altura de los personajes de la conversación y llegó a tiempo de escuchar que

por lo visto Kane Lance no era su persona, sino aquel desconocido sujeto que tan alegre e inconscientemente recorda su personalidad. El verdadero Kane Lance, desde lo alto de su hermoso caballo, miró fijamente al falso Kane y creyó reconocerlo.

La dura y fría mirada de Kane, inquietó al falso personaje, que rápidamente dio fin a la conversación con el viejo y montando en su caballo rápidamente trató de alejarse de aquel hombre que tan chilladamente le miró. Su furiosa conciencia no estaba tranquila, y el hermano del capataz de Barker, que está con él que se hacía pasar por Kane Lance, se alejó con rápidos del poblado cercano del rancho donde pensaba suplantar la personalidad del legítimo heredero, desconocido hasta ahora para ellos.

Kane Lance, cuya simpática figura resultaba airoso en lo alto de la montura, hizo pararse su caballo, y rápido galopó detrás de aquel sujeto que nada bueno esperaba de su animación. Al oír las crías del bello animal, obediente a cualquier movimiento de su amo, galopaba el fiel amigo de Kane, una tantas veces salvó su vida siguiendo las huellas del perseguido.

El falso Kane pronto se da cuenta de la persecución de que es objeto, y dándose cuenta de la destreza del jinete que lo sigue y de la solidez del caballo que le persigue, dirige al animal a una vieja herrería que en apartado lugar se encuentra, con ánimo de sortear quizás la persecución o por lo menos desviar sobre sus verdaderas intenciones de rumbo.

—Hola, amigo! Mi caballo ha perdido una herradura posiblemente, pues se resiente.

—En un momento se arreglará; descabálgueme.

Kane Lance, que por fin en sus recuerdos cree conocer al individuo, llega a la herrería y rápido, saltando

de la silla, con la habilidad innata en él, apunta con su revólver al falso Kane.

—A ver, quéites; venga el arma. ¿Con que usted es Kane Lance? Va lo vea por los documentos que presenta en su cartera. ¡Vengan los auténticos!

Recebe la cartera, que, rápido, examina. Una sonrisa en su rostro indica que algo bueno obtuvo en el rápido examen de la cartera.

—Y ahora, patrón, este buen moco ha de quedar amarrado y detenido bajo su vigilancia y responsabilidad, hasta mi próximo regreso, y mucho ojo, que le puede costar cara su evasión.

Y ante la sorpresa del herrero y la insolencia del prisionero, éste es amarrado y conducido a la cabana del herrero.

—Eso para usted—. Y arrojándole unas bolitas, montó y salió en dirección del pueblo. El legítimo Kane iba a tomar posesión de lo que era suyo y compartirlo con su desconocida y por lo que oyó bella prima.

En el camino, Hagan y un compañero que vigilan todas las entradas del pueblo, se le acercan.

—¡Eh! Deténgase un momento. ¿Quién es usted?

—«Soy ruralista acaso para detener mi camino e ir ferruñando».

—Nosotros, lo que queremos saber es quién es y a dónde va.

—Pues es sólo a quedar con las ganas si no me presentáis una autorización del rural mayor para ello—. Y diciendo esto, trató de maniobrar para separarse al apretamientos de los dos cabalistas, pero éstos, tomando sus revólveres le apuntan, cogiendo desprevenido

a Kane, que está inutilizado de cualquier maniobra y se ve obligado a levantar los brazos.

Vaya, con que eres Kane Lance. Ya me lo figuraba — dijo Hogan al examinar los papeles que le quitó; pero en un alarde del dominio del caballo, picó espuelas y todavía con los brazos en alto, el fiel animal dio un salto, encabritándose y atropellando a uno de los bandidos consiguió abrirse rápido paso y ya con una salida, Kane picó espuelas, recogió las riendas y entre los disparos de los bandidos se alejó, perseguido de éstos. Sin armas, difícil se le hacía la defensa. Pero Kane es un hombre de felices recursos y rápidas de concepción de un plan y al pasar entre unos árboles se sujeta a una de las fuertes ramas, dejando catalejar al caballo, que desde lejos perciben por el polvo que levanta y la borrasca aligera por los perseguidores. Rápido, prepara su lazo y al pasar como una tromba sus dos enemigos por debajo de él, los enlaza con su ancho lazo, caen derribados y saltando sobre ellos rápidamente da fin a su resistencia y Hogan y su testaferra dan fin a su libertad amarrados a un grueso tronco.

—Vengan las armas, que falta me hacen, ya que voy a ver guerra, y no me gusta luchar con cuerdas. Mis revólveres y mi cartera, amiguitos, y aquí os quedáis, que el fresco de la noche no os vendrá mal para lo que habéis sudado ahora.

Un torvo silencio de los dos bandidos fue la respuesta que obtuvo y recuperando su caballo, que dócil volvió grúpas a su albedío, Kane se alejó de aquellos malvados que allí quedaron procurando con esfuerzos liberarse de las ligaduras.

Al entrar en Vally City, Kane se dirige a la oficina de teléfonos y allí consigue ponerse en comunicación con el Rancho Kane.

—¡Allá! Rancho Kane. Quiero hablar con el capataz. ¿Es usted mismo? Bien. Le habla Kane Lance, el sobrino de Jim Lance, que acaba de llegar al pueblo. Venga usted. Necesito hablar a solas. ¿Que cómo me conocerá? Bien. Yo estaré en el Bar de «Saloon». Cuando vea un individuo que cambia un dólar en níckels y se lo juega en la máquina echando para atrás su sombrero, me hace una seña. Sea discreto y no nos conviene nos vean juntos, y sigame.

Para hacer tiempo, marchó a la fonda, a buscar alojamiento. La fonda era el mismo «Saloon», tenía una entrada independiente que da a un amplio salón de recibir de donde arrancaba la escalera a las habitaciones en el piso. Una puerta comunicaba a este salón con el Bar y por ella entraba al tranquilo rincón de la fonda el bullicio de los jugadores y la algarabía de los borrachos que con grandes risotadas y demuestras gastaban alegremente su dinero.

Mientras tanto en el rancho todo es bullicio y emoción. Por fin el heredero ha aparecido y la emoción de Ray es grande con la curiosidad de conocer a su primo y socio y con la tranquilidad de tener a su lado un hombre que detienda los comunes intereses e impida la venta del rancho. Market parte para el pueblo y a poco entra en el bar en donde ocupa una mesa situada estratégicamente que le permite observar a todo el mundo. Ray, impaciente por conocer a su primo, marchó también con Market, pero como el bar no es lugar apropiado para su gentil e inocente persona, Market la ha dejado en una de las habitaciones de la fonda, en donde con impaciencia espera la llegada de su descomulgado primo.

Kane, terminado su atiendo, cepilladas sus ropas del polvo de la contienda, entra en el bar y en el acto su presencia es notada por dos vigías de Hogan y Burket.

que distraidamente, se le acercan para saber quién es. En el bar todo es animación en estas horas del atardecer. Las cartas caen con fuerza por los suelos y desgastados tableros y las botellas se tambalean de las fuertes sacudidas que con ruidos dan los jugadores. Un viejo plano desgrana antiguas tonadas de los heroicos tiempos de los buscadores de oro y de los conquistadores y exploradores de California.

Kane Lance, con el dominio de su persona, pasa entre los compactos grupos de contertulios, y dirigiéndose al mostrador, después de pasar una moneda por la sala pide en voz alta que le cambien un dólar en níckels. Con ellos en la mano se dirige a una de las máquinas de juego y apartando a dos borrachos que están perliando por colocar monedas con espantosa mala suerte y echándose atrás su amplia sobretiro, que deja ver una cabeza de rasgos viriles en las que la nobleza de su rostro destaca más, deposita monedas en la máquina y mientras tanto va observando a todos los clientes del local.

En una mesa lejana ve cómo un hombre vestido de ranchero de simpática mirada, levanta su mano. —Este es mi hombre — piensa Kane — y dando una vuelta a la manivela, por la que cae un chorro de monedas, les regala a los borrachos este pequeño caudal de níckels que los hace felices y se dirige, observado siempre por los esbirros de Bucket, a la mesa donde Marquel la espera.

—¿Sólo el capataz del rancho Lance?

—El mismo. ¿Soy Kane Lance?

—Sí, llevar cuidado.

—Su prima, la señorita Ray, está en la habitación número diez, de la fonda y allí te espera.

—Esperame aquí, que yo subo a verla y pronto le enviaré recado.

Al subir Kane hacia las habitaciones, salen rápidos los dos bandidos que escucharon la conversación y que van a comunicársela a sus jefes.

Al abrir la puerta de la habitación número diez, Kane quedó maravillado de la belleza de la mujer que en el fondo del cuarto le mira sentiendo. Ray está bella como nunca y queda gratamente sorprendida con la figura del hombre que en el umbral de la puerta se ha detenido. Alta, varonil, todo su ser respira fuerza y energía. Los sueños de Ray son hecítica realidad. Es un hombre fuerte y de aspecto valiente quien la Providencia le envía para seguir manteniendo los ideales de su querido tío.

—¿Ray? — Interroga Kane, asomado fella de encontrar por acá tan gentil figura.

—Sí. ¿Kane Lance? — le pregunta con su encantadora sonrisa la muchacha hermosa del viejo Jim.

Un fuerte apretón de manos acerca a estos dos seres tan lejos toda la vida uno del otro y en que en tan poco tiempo sus vidas se han acercado.

Todavía no les ha dado tiempo para cambiar sus impresiones y hablar del querido muerto, cuando irrumpen en la habitación, casi sin llamar, Hogan y Burket, que, avisados por los vigilantes, corren a salvar lo que puedan. La insolente entrada de los dos sujetos desconcerta a Ray y pone en guardia a Kane, que reconoce en Hogan a uno de los que lo detuvieron en el camino, pero ninguno de los dos hace alusión a su anterior y dramático conocimiento.

—Usted es Kane Lance — le dice Burket, dirigiéndose con la mejor de sus sonrisas y alargando la mano, que Kane, distrajendo la instintiva repugnancia, le estrecha. — Aquí mi amigo y casi socio Hogan, un amigo

muy suspicaz y amante del orden de este pueblo, que le hace a veces cometer algunas arbitrariedades en su afán de interrogar y detener gente forastera — le dice con habilidad para defender el incidente anterior.

—Yo soy Kane Lance, sobrino de Jim Lance, y ustedes, ¿quiénes son y qué quieren? — adusto y serio les contesta.

—Venimos a continuar un negocio que el viejo Jim no quiso terminar, por terquedad más que por nada. Nos interesa comprar su rancho y el paso del Desfiladero de la Muerte. Ray no quiere venderlo y venimos antes que puedan venir otros a ofrecérselo a usted, el buen negocio de vendermos a gran precio su parte. Creemos que puede interesarle, los ganados...

—Puede ser que me interese esta venta, pues yo no soy amigo del campo; soy hombre de otras tierras y quizás si nos ponemos de acuerdo, podríamos hacer el negocio.

La sorpresa de Ray es grande; nunca creyó que tal cosa pudiera suceder. Su primo, en quien creía haber visto la continuación del espíritu de su tío, quería vender su parte. Posiblemente es un cobarde y ya a un oído habrá oído algo sobre las luchas por el rancho y prefiere realizar la venta y marchar tranquilo sin luchar, con sus buenos dólares en el bolsillo.

—Kane; usted no puede hacer esto. El tío dejó en su testamento el deseo de que lucháramos por mantener la finca que fué la ilusión de su vida. Usted no me abandonará. Sepa que estos dos individuos han amargado con sus intrigas y preposiciones la vida de nuestro tío.

—Ustedes las mujeres no entienden de negocios y posiblemente, dado el interés de estas señoras, podríamos hacer un buen negocio vendiéndoles la propiedad — dijo Kane, y Ray, colorida al comprender que se ha equivocado

en el juicio de su primo, abandona con energía la habitación, llorando de rabia y de pesar.

—Bien, señor Kane, así se portan los hombres. Las mujeres no entienden de nada de negocios. Se ve que usted es un hombre entendedor, experto y vamos a hablar de números; nosotros...

—Usted se ha equivocado, señor...

—Burket — le dice él con gesto asombrado y serio.

—Pues bien, señor Burket; yo no trato de vender mi parte; todo lo contrario, defenderla. Sólo deseaba conocer el grado de interés de ustedes en conseguir la propiedad, pues desde mi llegada a estas tierras, solo cosas extrañas me han ocurrido y aquí hay un gato enredado que estoy dispuesto a descubrir. No pienso vender nada.

—¿Ni el Desfiladero y sus derechos? — le pregunta sagaz Hogan.

—Eso menos todavía. Quien quiera pasar el ganado por allí, pagará el derecho.

—Y Hogan, perdiendo los estribos, pues es un hombre que carece de la sangre fría y de la diplomacia de Burket, le dice con brusquedad: No estoy dispuesto a pagar derechos. He luchado mucho tiempo para conseguir esto y no estoy dispuesto a dejarme vencer. Venda usted, o no, mi ganado y el de mis amigos pasará por el Desfiladero... y no pienso pagar.

—Habrá lucha en ese caso. Y le advierto que no soy hombre que la tema o rehuya.

—Pues engrase usted las armas — Y dando un portazo, Hogan se despidió.

—No haga usted caso. Es muy vehemente. El pobre ha sufrido tanto con ese deseo de conseguir el Desfi-

ladero — insinuoso y hábil orata Barker de destuercar la mala impresión que indudablemente Hogan ha dejado en el ánimo de Kane. Y despidiéndose muy amable, le dice que volverá a tratar del negocio y que lo piensa.

Kane, disgustado por la actitud de Ray, pues se da cuenta de la mala impresión que ha dejado con su conducta en la muchacha, marcha al rancho a darle cuenta de sus verdaderas intenciones. Al llegar allí y llamar a su puerta es Ray quien abre y al verle no quiere recibirlo. Ella lucha con la idea de abrirle la puerta, al fin es dueño de la mitad de la casa y no tiene derecho a impedirle la entrada, y cuando va a abrir la puerta, ve que ya no hay nadie. Desilusionada, vuelve la cabeza y ve a Kane, sonriente, sentado en un amplio diván.

—Ray, perdoname el mal rato que te he pasado, te aseguro que toda fue una treta. Yo no quiero vender ni un palmo de terreno, y defenderé el mío con alma y vida. Pero necesitaba darme cuenta del grado de interés que tienen esos señores por nuestras propiedades, y ahora Ray, querida prima, explíqueme toda su vida y qué es lo que pasa aquí, pues desde mi llegada todo son persecuciones. Y Ray, feliz y ya tranquila en cuanto a las seguridades que le da su primo, le cuenta toda su vida y las luchas de su hijo y quienes cree ella que son sus enemigos.

Al terminar, en los ojos de Kane brilla una luz de decisión y alegría. Bien se ve que va a haber lucha, pues, la habrá. En esta comarca nadie sabe todavía quién es Kane Lance y su fuerza. Mañana va a pasar una punta de ganado de Hogan, ésta será la primera señal de lucha y energía. Hogan está dispuesto a pasar el ganado sin pagar, pero aquí está Kane Lance que está dispuesto a cobrar o a pagar.

—Marker—. Diligente, acude a la llamada el fiel ca-



...logrando desasirlos de ellos, después de propinarles unos magníficos puñetazos.



...y Burket, que sale alrellano de la escuadra es detenido por el sheriff, que le da el alto.

patas. ¿Está fuerte? ¿Se siente con ánimos de pelea? (Si? Pues prepárese. Mañana habrá lucha en el Desfiladero; hay que poner la mano bien dura sobre esos bandidos y demostrarles que el rancho Lance sabe defender sus intereses. Que se apresten los muchachos. Mañana en Vally City se sabrá que el viejo Jim Lance no murió y que su espíritu todavía sublesta.

Y en los ojos de Ray hay una mirada de gratitud y contento. Kane es el hombre que ella esperaba.

Mizna, Mizlal, que contenta está! Corrió a abrazar a la vieja Mizala.

Lejos, en la herrería, el falso Kane ha logrado convencer al herrero de que lo alquila, y el hombre, por codicia, al explicarle y prometerle mucho dinero, le pone en libertad, y en su compañía se encaminan al poblado, en donde van al sheriff denunciando al auténtico Kane como suplantador e impostor. El sheriff, ante los serios razonamientos y los documentos que le presenta y la insistencia en enseñar las iniciales de su camisa, se convence de que este Kane es el auténtico y en su buena fe llama a sus hombres y parten todos hacia el rancho.

Bajo un coquezo cuajado de flores, sentados en un rustico banco, Kane y su bella prima se están contando su vida y sus esperanzas.

—La lucha será muy dura. Ray: en esos hombres he visto el firme propósito de vencer, sea como sea. Pero no temas; yo sabré defenderlo todo... incluso a ti—. Los ojos de la muchacha se animan y la alegría resplandece en su rostro, que por momentos va cobrando alegría juvenil. Las preocupaciones van despidiéndose en esa rubia cubierta por la cual tantas tormentas han desfilado en tan pocos días. Y una dulce esperanza ha nacido en su corazón. Un secreto goce le hace presentir venturas felices, es el amor que va adueñándose de la gentil por sentir que todavía no la conoce.

—Mira, Kane, qué tropel hacia aquí parece venir.

Por momentos se acerca al rancho la cabalgata del sheriff y el falso Kane, que irrumpen en él por las enredadas avenidas del mismo hasta llegar al cobertizo.

—¡Quieto! Levante los brazos. Ray, este hombre es un impostor; no es Kane Lance.

—No es posible! — dijo, espantada de su desventura la pobre Ray.

—Tu primo es este — y enseñando al falso Kane, que se pavonea orgulloso y altivo y se acerca a la que dice es su prima.

—¡Me ha engañado! ¡Dios mío! — Un dolor acotagaja a la criatura, que ve de nuevo esfumarse sus sueños.

Rápido, con el ímpetu que siempre lo salvó de los peligros, Kane que se da cuenta que de momento tiene la partida perdida y si le privan la libertad no podrá impedir el paso de ganado, se agacha y de un tirón de la alfombra hace rodar por tierra a todos y una destreza monta en su caballo y desaparece, antes que puedan responderse de la sorpresa.

Detrás le siguen, disparando sus pistolas, los secuestradores del sheriff. El falso Kane queda en el rancho y se acerca a Ray, que por instinto le repole. Hay en la mirada de este hombre y en su figura un algo repelente. ¿Cómo es posible que aquella figura que antes de huir sea un impostor! ¿Cuánto más hubiese deseado que el falso Kane fuese este individuo que la mira con ojos codiciosos.

En el salón, donde no hace mucho el viejo Jim especulara su última y brava pulea, corre a la chimenea, el falso Kane una vez ha puesto al corriente a Ray de sus desventuras le dice que es una persecución terrible la

que les acecha, y que por salvarla a ella de un terrible peligro si a él le pasa algo, que convendría vender el rancho. Ray se resiste.

—No podría ver nunca el rancho en manos de esos miserables. Prefiero todos los peligros y sinsabores pero vender a Hogar y Barker, nunca. Por esto no pasaría por nada ni por nada.

—No es necesario se venda a estos desconocidos para mi individuo; yo tengo un comprador que le pagaría muy bien. Ray, hazme caso; vendamos el rancho; sacaremos buen dinero y podríamos ir los dos a vivir lejos de aquí. Y apuraba este ofrecimiento con una mirada que hizo estremecer a la huérfana Ray.

Ray, por quien el desengaño sufrido y las penas ya tienen desesperada, accede a vender.

—¿Dónde está ese hombre? Cuanto antes mejor.

—En el hotel nos espera. Vamos allí y pronto le quitaremos este peso que te atormenta.

Y hacia allí parten.

El Destiladero de la Muerte se encuentra en unas montañas rocosas, todas desprovistas de vegetación. El agua no cubre estas tierras, en las que el ganado sufre mucha sed en el esti. Caminean ya el exodo de este, hacia tierras más jugosas, en las que los pastos y el agua acrecientan la riqueza ganadera, pero para evitar un larguísimo rodeo, en el que a veces pierden de sed algunos animales, se emplea este sinuoso paso, cuya propiedad hoy es de Ray y Kane.

A lo lejos se divisa una enorme punta de ganado que hacia el destiladero se encamina. Una nube de polvo va levantando a su paso. Los terneros siguen a sus madres, y los vaqueros van flaqueando esta magenta masa de carne. Los látigos, las bandas, van dirigiendo sus pasos y pronto estarán a la entrada.

Ha llegado al Destiladero el capataz de Burket, que lleva la consigna de apostarse en lugar estratégico y disparar a traidición contra Kane y Market en el momento que éstos aparezcan y comience la lucha.

Kane, en su huida del rancho, logró escapar a sus perseguidores y ha conseguido ponerse en contacto con el fiel Market a quien convence que él es el legítimo Kane y que ha huido para conseguir de momento imponer su autoridad en el Destiladero y luego se aclarará su situación y perseguirá a los verdaderos impostores. Kane y Market, seguidos de sus hombres, se dirigen al galope al Destiladero, en donde el siniestro esbirro de Burket ya está apostado. Kane y sus hombres toman posiciones ante la llegada inminente de la cuadrilla de Hogan que están dispuestos a pasar el garado por la guerra.

Los primeros hombres de Hogan y éste al frente, llegan a la entrada.

— ¡Alto! ¿Dónde vais? — dice Kane, orgullo en una roca.

— Ya lo sabes. A pasar el garado, que está a punto de llegar — le contesta Hogan desde lo alto de su caballo.

En la mirada de los dos hombres se lee el designio fatal de una lucha a muerte, feroz.

— ¡Atura, insensato. Te juegas la vida al tal cosa intentas. Un disparo de Hogan es la contestación y la lucha se generaliza. Echa pie a tierra la cuadrilla de Hogan, se parapeta y comienza una lucha feroz. Los disparos ensordecen el lugar, en que por el eco hacen más estrépitos las descargas. La lucha adquiere por momentos más intensidad. Las balas chocan por las rocas y levantan pedruzcos de éstas. Los hombres de Kane, muy bien distribuidos, batien con eficacia los redacos de los

bandidos que ven perder a sus hombres por momentos. Los caballos relinchan y corren de un lado a otro, con algarabía y confusión y aprovechando ésta, el capataz de Burket se arroja, su presencia con ningún disparo, al margen de la lucha, por designio de su jefe, cubre el blanco que Kane le ofrece de espaldas a él. Anna le puntea apoyando con tranquilidad su revólver sobre una roca, y mientras su vista se fija en la figura salvaje, dispara sobre Kane que tan buen blanco le ofrece. Milagrosamente vuela el ancho sombrero de Kane, que sorprendido de verse atacado por la espalda, se vuelve y consigue divisar a su enemigo, que apunta en ese momento a Hogan. Ve disparar y cae Hogan pesadamente al suelo. El crimen está consumado: de un tiro podría haber matado dos pájaros. Eliminado Kane y Hogan, Burket es dueño de todo.

Con la muerte de Hogan, sus hombres se desmoran: algunos huyen y otros se entregan. Suenan los últimos tiros y en el centro del Destiladero termina la lucha con el triunfo de Kane, que, dándoles órdenes a sus hombres, monta y sigue en alta carrera vertiginosa las huellas del asesino de Hogan, que, dando un rodeo, se dirige al pueblo.

— ¡Prepararos! Kane viene hacia acá. Ha exterminado a la gente de Hogan en el Destiladero y a traidición. Hay que acabar con él. — A la ley se divide ya la silueta del caballo de Kane, se acerca y el sheriff distribuye su gente, y Kane al entrar en el círculo de la emboscada se ve rodeado por varios hombres que le apuntan con sus revólveres. Intenta escapar, pero es derribado, y después de una pequeña lucha en la que la mayoría lo vence, lo levantan del suelo y el sheriff recoge del suelo una chapa que a Kane se le ha caído.

— ¡La insignia de teniente de rurales! — exclama el sheriff con asombro, mientras Kane sonríe. — ¿Es verdad?

—Claro, sheriff. Yo soy el teniente de rurales, Kane Lance, sobrino legítimo de Jim Lance, destinado al batallón de la Cuarta Compañía Montada de Texas, destacada en Roundville. Me enteré de la muerte de mi tío que hace muchos años no vota y vine a esclarecer su muerte. Estos son también mis documentos — y diciendo esto, entro el sacabro del sheriff y el miedo de los demás, Kane extrajo una cartera oculta en sus ropas y el sheriff pudo comprobar documentalmente la certeza de la personalidad de Kane.

A sus órdenes, mi teniente, y perdón por todo lo ocurrido. Ha sido engañada mi buena fe, pero vamos pronto hacia el pueblo, que aguarda en deseos de hacer justicia en esos pillastres.

Y adelantándose Kane, siguió hacia el pueblo el sheriff y sus acompañantes. Pero anteriormente, el capataz de Burket ha conseguido marchar al galope máximo de su caballo para ir a prevenir a sus amigos.

Mientras estas dramáticas escenas ocurren, en una habitación de la fonda de Vally City, el falso Kane ha presentado a la ingenua Ray a un supuesto comprador de la finca, que no es otro nada más que un testaferro de Burket, que finge ser el comprador.

—Señorita, si usted accede a la venta, podrá hacer un buen negocio. Yo le ofrezco por su parte veinte mil dólares.

—Ray, accede, la propiedad va a bajar muy pronto con los nuevos descubrimientos de tierras en el Oeste, más productivas y con mucha agua; es un bonito negocio. Yo por mi parte estoy dispuesto a vender por ese precio y estaría muy tranquilo si tú lo hicieras también, pues ya quedarías tranquila. Nos iríamos al Oeste y allí invertiríamos en nuevas tierras más productivas—. Con perdida el falso Kane insistía y ya estaba a punto de firmar Ray, cuando oyó en la habitación contigua ru-

mores de voces y una muy recia que decía exaltada:

—Kane me vió matar a Hogan; Kane es de rurales, estamos perdidos...

Ray, sorprendida, abre con ímpetu la puerta de comunicación y descubre a Burket en compañía del capataz, que están alterados.

—Bandidos; tratábais de engañarme. Ahora comprendo. ¡Atrás!

Tratan de sujetarla y consiguen llegar a la ventana, desde donde avisa a Kane que en este momento entra por la calle del pueblo al galope.

—Kane, Kane — le grita, y ya los bandidos la sujetan y amordazan. Pero ya es tarde. Kane ha oído la llamada angustiosa de su prima, a quien ama ya, y como una tromba entra en la fonda.

Huyen por otras habitaciones Burket y los otros dos bandidos que se dispersan por la fonda, entre el terror de los pacíficos clientes. A la habitación llega a tiempo de atrapar al capataz de Burket el valiente Kane, al que pronto atenaza. El feroz individuo, en su eschardía, grita:

—A mí no, a mí no. Detengan a Burket; él mató a su tío.

Lo amarra y después de cambiar con Ray una intensa mirada, Kane se precipita a la busca y captura de los demás. Y Burket, que sale al rellano de la escalera intentando escapar ganando la calle, es detenido por la entrada en tropel, por la puerta de la fonda, del sheriff, que le da el alto. Burket, ya perdido el dominio de sus nervios, intenta disparar y varios balazos atraviesan su cuerpo, que cae rodando por la escalera hasta el suelo del salón, como a poca cayera el cuerpo de Jim Lance asimismo acribillado a balazos.

Kane descubre al falso Kane y al comprador fingido escondidos en una habitación, que sin resistencia se entregan. Los asesinos de estos bandidos se desperdigaron al galope por todas las salidas del pueblo. Aquí ya nada tienen que hacer. Van a nuevas tierras, donde no los conozcan; algunos arrepentidos de su maldad y dispuestos a regenerarse con el trabajo honrado en donde no les conocieran, otros a buscar otro jefe tan bandido como el que han perdido, que la inteligencia de ellos les permita vivir otra vez del mal, sin trabajar. Mala gente que a la larga tendrán su castigo.

Y hacia el rancho parten Ray y Kane, seguidos del fiel Markel, que, dichoso, contempla a la gentil pareja que se comunica sus culpas y... sus amores.

El carruaje lentamente desaparece a lo lejos, mientras el sol va ecullándose suavemente tras las colinas, en donde está el Desfiladero de la Muerte, que por última vez ha hecho honor a su nombre. Una aurora de paz ilumina estos campos, como la sonrisa de felicidad que aureola el bello rostro de la feiz Ray.

PIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
 * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
 * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
 * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
 * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
 * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
 — 7. *El tigre de Esnapar*, por La Jana.
 — 8. *La tumba india*, por La Jana.
 — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
 — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
 — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
 — 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
 — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
 — 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
 — 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschekowa, Karl Diehl.
 — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
 — 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.
 — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
 — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
 — 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
 — 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
 — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
 — 23. *Caballería ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
 — 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sydney.

* Agotadas

En preparación

SARATOGA, interpretada por
CLARK GABLE y JEAN HARLOW

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

N.º 25